

Prólogo

Raúl, el periodista y el poder

Carlos D. Mesa Gisbert

Prólogo del libro “Tinta indeleble – 35 años de textos periodísticos”

Kevin Noblet, director de la agencia de noticias Associated Press (AP) para los países andinos, le dijo a Raúl el 9 de noviembre de 1989, el día en que cayó el Muro de Berlín, el mismo día en que lo contrató como periodista de planta en La Paz: “No tengo que decirte mucho, tú ya conoces la agencia. Solo no uses la palabra ‘crisis’. Creo que en Latinoamérica se la utiliza demasiado”. Era una precisa y amable advertencia, decirle “no” a la salida fácil a la hora de redactar una nota...

En estas páginas, las de toda una vida profesional, Peñaranda prueba que siguió el consejo de Noblet e hizo periodismo de hondura, de claro compromiso con su razón de ser, la de limitar el poder e interesarlo confrontándolo con la cruda realidad.

Pero hay algo más en la médula del autor. Cuando me pidió que prologara su libro, le recordé mi propia experiencia. Agrupar la parte más relevante de la actividad del día a día corre el riesgo de trasuntar el color amarillento de las páginas de un periódico pasado, o peor, de ser actor anacrónico tras el pantallazo en el celular que, redes mediante, cambia el presente a cada minuto para convertir todo en noticia añeja.

Por eso encaré esta selección de sus artículos con cierta prevención. Descubrí, sin embargo, rasgos que había encontrado en los clásicos como Svetlana Aleksiévich y su obra capital *El fin del ‘homo sovieticus’*. Él escogería, supongo, a otro gigante, Ryszard Kapuscinski. La crónica en su expresión cabal, la memoria capaz de hacer de la microhistoria una gran historia. Expresión completa del buen periodismo cuando el texto está bien acabado. A medida que leía me brillaron los ojos porque sus crónicas –como debe ser– me acercaban a lo más caro de la palabra escrita, la literatura. Una forma de creación que no es la de la “verdad de las mentiras”, sino, por el contrario, lo más próximo a la veracidad a partir de los hechos contados con precisión y responsabilidad.

Nuestro cronista se acerca en el tono que enseñó Capote a uno de los episodios más inverosímiles del mundo real, la toma de la embajada japonesa en Lima en diciembre de 1996. Será Felícita Cartolini quien nos coloque en situación, incrédula viendo el desenlace sangriento de su hijo abatido por el comando de élite que recuperó a los secuestrados. Es sin ninguna duda la pieza más completa, lograda y estremecedora de todas las de este libro. Pero el instrumento se mantiene afinado también en las otras, porque el periodista tiene dominio de la pluma (de las teclas de la computadora, para hablar con propiedad).

Su mirada del crimen atómico de Hiroshima, apoyado en dos personajes irremplazables, es la del desborde emocional medio siglo después de que los cuerpos y las almas de sus guías-víctimas de la hecatombe narren sensaciones táctiles brutales en una ciudad ya reconstruida, pero que no olvida. El terremoto de Aiquile se revelará en la voz de una mujer que cree que un grano de arena tras otro edifica una montaña de transparencia en medio de la corrupción.

Y hay más en la difícil línea que diferencia el reportaje de la crónica o del cuaderno de bitácora en esa tradición secular que es la reseña de viajes. El de los adolescentes (“nerds” dice de sí mismo el autor) rumbo al imponente paisaje del sur de Chile, o el viaje variopinto los Estados Unidos, o el del atribulado, siempre atribulado Oriente Medio a partir de ese eje milenario y desgarrado que es Jerusalén... y, cómo no, la experiencia del viaje por Bolivia de un equipo de reporteros y fotógrafos bajo su inspiración con el barro pegado a los zapatos, ganador de un gran premio internacional.

Por una razón inescapable de compromiso con el castigado medioambiente, dedica a la naturaleza una secuencia de crónicas que pasan por Pilón Lajas, el borde del Madidi, el destino del comercio de mariposas en los Yungas y una fascinante historia con una licencia milenaria que volvió a la vida a nuestros ancestros indígenas, en busca de la fauna perdida. En ese capítulo bien podía entrar otra crónica, la que escribió sobre la represión en el TIPNIS, una historia que revela el espíritu verdadero de los conductores del “proceso de cambio” y los indígenas de los llanos, anonadados ante la respuesta del Estado plurinacional, en lo que fue un quiebre irreversible entre la retórica del decir y la crudeza del hacer.

Pero también Raúl, que mira con serena nostalgia más de tres décadas de compromiso con la palabra, escarba su vida que desgrana la experiencia intransferible y brutal de la muerte de su hermano, el melancólico y entrañable final de su padre, al que califica de “maestro al que le robó tantas y buenas ideas”, la presencia generosa y tierna de su madre y los toques de amor hacia Fátima, la mujer de su vida. Recorremos con él su infancia tímida, su adolescencia desgarbada y desde ese ángulo, el recuerdo del papelito pegado en su mandil de colegial con letra de “pobre caligrafía”, la aspiración de su vida en una palabra: “periodista”.

Y vaya si lo es. Desde sus primeros pasos en el periódico mural colegial, pasando por la revista universitaria, el semanario *Nueva economía*, el semanario político *La época*, su consagratorio paso como fundador y primer director de *Página siete*, probablemente el mayor reto de su carrera al poner de pie un periódico en medio de los negros nubarones del autoritarismo masista que buscó arrasar con el pluralismo y la libertad de palabra y que acabó con ese medio irreverente y desafiante trece años después de su creación. Hoy,

su tenacidad se mide en la conducción de *Brújula digital*. En toda esa prolífica saga, garantizó y lo hace hoy, trabajando a destajo, compromiso ético y, sobre todo, minuciosidad en la investigación y talento en la redacción del texto periodístico hecho noticia, opinión, reportaje o crónica.

Aprendió en el trabajo diario a interpelar y guardar distancia con el poder, como un mandato, como una regla. Parte sustancial del texto es la radiografía de los veinte años del MAS con el preámbulo crítico de las sombras que cayeron sobre los gobiernos de la democracia anterior a 2006.

Particularmente incisivo es el retrato de Evo Morales, no sólo la fotografía del político en su inescrupulosa acción como presidente, sino la del hombre ayuno de poder, imperdibles son “Solitario desayuno presidencial”, “Tristes enchiladas en el exilio” y “Evo visto desde el teléfono de Noemí”.

Pero queda claro que esa mirada aguda sería insuficiente sin la disección del autoritarismo, los ataques sistemáticos al periodismo, los excesos de los mandones, la corrupción rampante y –como evidencia– los increíbles elefantes azules de dos décadas de desmesura en todos los sentidos, muy especialmente en el despilfarro de nuestros recursos naturales y de los ingentes ingresos en divisas que hicieron de este tiempo augural echado por el caño una de las experiencias más traumáticas de nuestra historia. Peñaranda abarca en sus columnas y textos de opinión la mayor parte de ese proceso.

Es esclarecedor como parte de nuestra historia reciente el relato de los días de 2019 y 2020, que median entre la renuncia de Morales y la convocatoria a elecciones. No fue golpe, queda meridianamente claro, pero fue fraude y eso pasa de perfil en la crónica.

“Arce Zaconeta, Quiborax” es una detallada secuencia en torno a un vía crucis que parece no acabar nunca. El escándalo de un arbitraje internacional manejado irresponsablemente por el gobierno de Morales que le costó casi 43 millones de dólares al país y que, como producto de la expulsión que hizo mi gobierno de una empresa pirata en el salar de Uyuni, cae sobre mi gabinete y yo mismo en tres juicios surrealistas en nuestra contra como ejemplo de la persecución, judicialización y pérdida de libertad de centeneres de compatriotas.

En sus semblanzas acomete la entrevista y el retrato humano o usa el escalpelo implacable. Están sus héroes y sus antihéroes, están los imprescindibles de una época turbulenta en tiempos calmos, los menos, y en tiempos turbulentos. Textos de extensión discrecional, escogidos cuando la brevedad es aconsejable o cuando la extensión es necesaria. Quizás a algunos de sus personajes les hubiese venido mejor el olvido, una forma adecuada de colocar a cada quien en su lugar.

Imperdible un recuerdo: no todos son expulsados malamente por una mujer de leyenda, la “Negra” Sosa, que echó destemplada al periodista que se había colado en un ensayo intentando una entrevista y escuchaba fascinado la voz mítica desde un rincón de la sala, hasta que le llegó la voz tajante de la artista.

Raúl incorpora en este libro muchas de las formas del periodismo y establece un orden temático difícil. Una expresión se cruza con otra, son tonos, contenidos, aproximaciones e intensidades distintas en este caleidoscopio que es el ejercicio de la última profesión que bebe del humanismo renacentista. Lo que importa no es la taxonomía inevitablemente arbitraria, lo relevante es que encontramos en la tarea de décadas de uno de los periodistas más relevantes de su generación exactamente lo que debíamos buscar, un camino bien recorrido, integral y sugerente, la exigencia del día a día, la dificultad del desafío cotidiano, distinto y provocador siempre.

Raúl se mueve como pez en el agua en cada género de la profesión. Así se acomete el periodismo: con nervio, con honestidad intelectual, con valentía. No todos pueden decir que llamaron al pan pan y al vino vino.

Carlos D. Mesa Gisbert, periodista e historiador, fue Presidente de Bolivia.